

—¡Cuidado, Polonia! ¡Que no tardes en enviar las perdices á quien hemos dicho!.....

Añadiendo luego en voz baja:

—Y ¡qué buenas deben de estar las pícaras!—¡Esta Polonia guisa como un ángel.

IV.

LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS.

Poquísimas personas encontraron en las calles Don Trinidad y Manuel al trasladarse de una casa á otra, y todas ellas se arrimaron á las paredes, con no menos susto que respeto, para dejar pasar á aquellos dos maravillosos personajes de que tanto se estaba hablando en toda la Ciudad.

No sucedió, empero, lo mismo, cuando, llegados á la Plaza Mayor, tuvieron que cruzar por delante de la célebre botica...

Hallábase ésta á medio cerrar, y en la media puerta que aún dejaba paso á la luz de adentro, veíase á "Vitriolo," que despedía á sus últimos tertulios, dando-

les tal vez instrucciones para el día siguiente.

Tan luego como divisaron y reconcieron á la claridad de la luna el interesante grupo que formaban el Cura y Manuel, comenzaron á reír y murmurar en voz baja, y aun los más jóvenes se atrevieron á seguirlos y á pasar casi rozando con ellos, á ver si les cogían alguna frase.

Quedó, sin embargo, defraudada su curiosidad; pues el párroco y su antiguo huésped no hablaron ni una palabra,—como tampoco la habían hablado en todo el camino;—y de este modo penetraron al fin en la antigua "casa del Chantre."

Profusamente alumbrada la tenía también esta noche la etiquetera Basilia, así como abierta de par en par y con toda la servidumbre en ejercicio, á fin de recibir "al señor" con los honores debidos á sus grandes riquezas y á la sangre real mahometana de que procedía.

El arriero malagueño, (alojado allí con sus tres mulas, y resuelto á no marcharse de la Ciudad hasta después de la Rifa que tanto le elogiara el mismo Venegas la tarde anterior), hallábase en el

patío, haciendo de portero, y saludó con una profunda reverencia al extraordinario personaje con quien había andado tres largas jornadas sin imaginar que llevaba consigo el terror y asombro de las gentes.

Al pié de la escalera estaba la pérfida "Volanta," que no sólo era amiga de "Vitriolo" y paniaguada de Soledad y de la señá María Josefa, sino también dueña familiar de Polonia y Basilia; lo cual quiere decir que discurría libremente y con salvo conducto por todos los campamentos, como los traidores y los espías.—Don Trinidad, hombre de clarísimo instinto, la miró con enojo; pero ella le besó la mano, y corrió á ocultarse en las tinieblas, como una garduña en su escondrijo.

Por último: en la primera meseta estaba la ceremoniosa ama de llaves, quien, después de hacer al hijo de Don Rodrigo los tres saludos de ordenanza, á estilo del reinado de Don Carlos III, en que empezó á servir, dijo respetuosamente:

—Permítame el señor darle la enhorabuena...—¡En la sala tiene una gran visita aguardándole!

—¿Qué dice esta mujer? (preguntó agriamente el joven á Don Trinidad). Yo no quiero visitas... á no ser la de Don Antonio Arregui ó la de sus padrinos.

—¡Sube! ¡sube! (contestó Don Trinidad, sonriéndose). No negaré que el que está en la sala, ha venido como padrina; pero es como padrino tuyo!...—¡Ya verás, hombre; ya verás!

Manuel no pudo menos de apresurar el paso al oír aquellas misteriosas expresiones, con lo que muy luego penetró en la sala, seguido á duras penas por Don Trinidad Muley.

Un grito de asombro, de dolor y de cólera salió del pecho del infortunado joven, al ver quién era la anunciada "visita"... Y un profundo sollozo de pavor y desesperación lanzó el alma del digno Sacerdote, al observar la actitud airada, irreverente, impía de su antiguo ahijado en caso tan excepcional y solemne.....

¡Porque la visita era el Niño Jesús ó Niño de la Bola de la Iglesia de Santa María, el mismo que el joven adorara tantos años, el mismo que aquella tarde había salido en Procesión.

¡Allí estaba, en sus andas de plata y oro, sobre un altar improvisado en el

testero principal del aposento, vestido de riquísimo tisú, alumbrado por muchas velas, y guarnecido de hermosos ramos de flores naturales!—Serviale de dosel el estandarte de la Hermandad, colgado del techo, y, por último, en medio de la sala, sobre un velador, veíase en una bandeja un papel arrollado á modo de diploma, atado con cintas de colores.

—¿Qué es esto?—¿Quién ha preparado tan irrisoria escena? (preguntó al fin Manuel, encarándose con Don Trinidad).—¿Se cree que todavía soy un niño? ¿Se cree que todavía soy un imbécil?

El dignísimo padre de almas estaba desolado. Halló, sin embargo, fuerza bastante para dominar su congoja, y, después de cerrar la puerta de la sala, dijo al blasfemo con austera frialdad de un juez:

—Esto no tiene nada de nuevo ni de extraordinario: esto significa que la *Cofradía del Niño Jesús*, de que eres individuo, te ha nombrado su *Mayordomo* para el año que viene, y que, siguiendo la antigua costumbre, que tú conoces mejor que nadie, te envía la Santa Efigie, á fin de que more un día en tu casa y le regales lo que sea tu voluntad, á título de

Hermano Mayor; regalo que lucirá mañana á la tarde en el Baile de Rifa.—Pero, aun suponiendo que nada de esto fuera así, ¿cómo no te engrías de ver en tu casa al Niño Jesús, al Hijo de Dios vivo? ¿Cómo no doblas la rodilla y le das las gracias por la altísima honra que te dispensa? ¿Acaso no eres tú su adorador más fervoroso, su más humilde siervo, su devot más entusiasta?

—No, señor,—respondió Manuel lúgubremente.

—¡Ah infame!—¡Y me lo dices á mí! (prorrumpió Don Trinidad con una furia tan grande como su pena). ¡Y me lo dices delante de El!

Manuel se cruzó de brazos y no contestó.

—¡Conque es eso lo que has aprendido en tus viajes! (prosiguió el Sacerdote, poniéndole las manos sobre los hombros). ¡Conque es eso lo que has adelantado al adquirir tantas riquezas!—¡Y querías dejármelas á mí! ¡¡Y querías que yo las repartiera entre los pobres!... ¡Ni los pobres ni yo queremos nada de un judío!

—Señor Cura... (baluceó Manuel.)

Baje usted la voz....—Yo no soy judío, moro ni cristiano.

—Pues ¿qué eres, hombre inicuo?

—Yo no soy nada.....—repuso el joven, cerrando los ojos y encogiendo los hombros como quien declara un delito de que no se cree responsable.

—¡Jesús! Jesús!— grito el Cura con indecible espanto.

Y, alejándose del que tal ofensa le había hecho, sentóse de medio lado en una silla, dándole la espalda, y comenzó á brar desconsoladamente.

Manuel añadió con grave acento:

—No he debido ocultarle á usted la verdad. Por eso acaba de oirme decir lo que hasta ahora no había dicho á nadie.—Yo no hago ostentaciones de esta desgracia mía, que debo á crueles enseñanzas del mundo, á lo que he visto en pueblos de diferentes religiones, á lo que he leído en obras que no debieron escribirse...—Respeto mucho, sin embargo, las creencias de los demás, y usted comprende que hubiera sido escarnecerlas aceptar hipócritamente el cargo de Mayordomo de esta imagen, cuando mi corazón no le rinde ya más culto que el que solemos tributar á los muertos queridos.

—¡Y yo he criado á este hombre! (gimió Don Trinidad con mayor desconsuelo;) ¡Yo lo he llamado mi hijo! ¡Yo lo quería con toda mi alma!—¡Ahora me explico que esta noche haya despreciado todos mis consejos! ¡Ahora conozco que no hay remedio para él! ¿Quién gobierna un barco sin timón? ¿Quién dirige un caballo sin bridas?—¡Estoy vencido! ¡Su perdición es segura! ¡Ya vivirá á merced del viento de sus pasiones! “¡Ya será del último que llegue!” ¡Satanás ha triunfado!—¡Niño Jesús! Oye la súplica de este tu humilde siervo: ¡yo quiero morirme! ¡yo no quiero vivir más en un mundo tan execrable! ¡mátame por favor! ¡llévame contigo! ¡tu Madre Santísima cuidará de Polonia, como Polonia ha cuidado de mí durante cuarenta y ocho años!—¡Qué diferencia entre unos seres y otros!..... Ella me crió de limosna, al ver que mi pobre madre estaba enferma y no podía costearme ama.... Ella me dió luego pan, cuando en mi casa no había bastante para todos.... Ella me colocó de aprendiz en la alfarería.... Ella me ha asistido de balde, por caridad, desde que mi madre murió y me quedé solo..... Ella, en su-

ma, ha sido para mí lo que yo para este desalmado!...—¡Niño Jesús! ¡Virgen Purísima! ¡Disponed como queráis de dos pobres viejos, que nunca han renegado de vosotros; y, si algo bueno hemos hecho en este mundo, sirva de merecimiento para que toquéis al corazón infortunado de Manuel Venegas!

A fuer de historiadores veraces, debemos decir que esta humilde y mal perjeñada deprecación conmovió al joven descreído, no porque le dijese nada extraordinario, sino porque las piadosas lágrimas de los buenos tienen más fuerza que todos los raciocinios de la filosofía, máxime si caen en un corazón sensible y generoso.—Si Don Trinidad hubiese empleado argumentos teológicos, Manuel habría podido contestarle con argumentos racionalistas, como diariamente vemos en el mundo; pero contra el panegírico de Polonia, vg., no cabía ninguna objeción.

Así fué que Manuel se acercó á su padrino y le dijo, quitándole las manos de la cara y limpiándole los ojos con el pañuelo:

—¡Vaya, señor Cura! ¡no llore usted más, que sus lágrimas me están asesi-

nando! ¡Considere usted que llevo muchas horas de defenderme de su cariño, de su irresistible bondad, de la dulce miel de su palabra, y que fuera demasiado abusar del amor y del respeto que le tengo, seguir acometiéndome de ese modo!

Don Trinidad se apoderó de la mano con que el joven le enjugaba las lágrimas, y, contemplándolo, entre lloroso y risueño, como un niño mimado, exclamó zalameramente:

—Pero ¡hombre! Míralo siquiera..... ¡No lo desaires hasta el punto de volverle la espalda!... ¡Piensa que es mi Dios, el Dios de tus padres, el Dios de tu patria, que ha venido á hacerte una visita! ¡Piensa que estará muy afligido de tus desprecios!...

Manuel, en quien, por lo visto, la superstición había sobrevivido á la fe (suponiendo que verdadera fe hubiese tenido nunca), intentó volver la cabeza hacia el Niño Jesús, y no se atrevió á ello. Antes dió un retemblido de pavor y bajó los ojos al suelo....

Pero estaba escrito que aquel día ocurriesen singularísimas coincidencias.....

—Decímoslo, porque Manuel y el Cura oyeron en tal instante, dentro de aquella misma habitación, los tiernos sollozos de un niño.....

Manuel miró aterrado á Don Trinidad creyendo que quien lloraba era el Niño Jesús.....

Don Trinidad sonrió tristemente, y señalóle con el dedo la puerta de la sala, que acababa de abrirse, y en la cual estaba parada la seña, María Josefa, con un hermoso niño en los brazos, y sin atreverse á pasar adelante....

—No sueñes con "milagros," ni verdaderos ni fingidos..... (dijo al mismo tiempo el Cura á Manuel.) Aquí no hay más "milagro" que el que tu buen corazón haga....—¡Tienes en tu presencia al hijo de Soledad, que viene á pedirte perdón para sus padres!

—¡Su hijo! (rugió Manuel, huyendo al fondo de la vasta sala.) ¡Esto más! ¡Ah, verdugos! ¡Os habéis propuesto matarme! ¡Os habéis propuesto volverme loco!

Y, hablando así, golpeaba la pared con los puños cerrados, como si quisiera hundirla y escapar de aquella gran emboscada en que había caído su corazón.

—¡Manuel, repórtate! (dijo Don Trini-

dad, acercándosele dulcemente.) Yo no soy tu verdugo..... Tú eres el mío y el de esa pobre familia que te pide misericordia!....

—¡Que se lleven á ese vil enjendo de la traición y la mentira!—gritó el insensato, sin volverse, ni apartarse de la pared.

El niño tornó á llorar.

—¡Grande hazafia! (exclamó Don Trinidad Muley.) ¡Injuriar á un pobre niño!..... ¡Asustarlo!.... ¡Despedirlo!

—¡No quiero verlo (bramó el joven.)— ¡Si lo viera, lo mataría!

—Poco te falta para matarlo!.... Ya le has hecho ponerse enfermo! (dijo tristemente la abuela.) Su madre le ha dado á mamar veneno desde que supo que venías; y esta noche me lo llevo á mi casa, dolorido y hambriento, como si él tuviera la culpa de que tú no fueras dichoso!.....

—Pero ¿por qué no viene su padre en lugar de él? (replicó Venegas con desesperación.) ¿Por qué no viene el cobarde que me burló la dicha? ¿Por qué huye? ¿Por qué se esconde?

Don Trinidad hizo una seña á la seña María para que callara, y apresuróse á

responder por sí mismo en estos términos

—Supongamos que ese hombre de bien te teme... ¿No le sobra razón para ello? ¿Ha de ser todo el mundo tan sanguinario como tú? ¿No hay más que matarse con el primer desesperado que nos provoca?—Porque, Manuel... (¡Vamos claros!) ¿qué derecho tienes tú sobre Soledad? ¿Qué palabra te empeñó nunca? ¿Qué puedes esperar hoy de ella? ¿La crees tan indigna que por tí se deshonre y deshonre á su marido?

—¡Soledad es mía! ¡Soledad me ama!—exclamó Venegas fanáticamente, volviéndose hacia sus interlocutores en ademán de desafío.

—Contéstele usted, señora...—dijo Don Trinidad á la seña María Josefa.

—Manuel... (pronunció la madre, ocultando á su nieto mientras hablaba.) Mi hija te ha querido..... Pero es una mujer de bien; y, habiéndose casado con otro hombre, nada puedes ni debes esperar de ella.....

—¡Mentira! ¡Soledad no está casada! (gritó Manuel con desesperación.)—¡Su casamiento es nulo! ¡Soledad no ha dejado nunca de quererme! ¡Yo la conoz-

co desde que era niña! ¡Yo sé lo que me decían esta tarde sus divinas lágrimas!

—Te equivocas, Manuel... (prosiguió la madre.) Soledad es incapaz de faltar á sus deberes de esposa....—Tu presencia en este pueblo sólo puede dar lugar á desventuras para todos, y de manera alguna á felicidades para tí ni para ella... —El único bien que puedes hacer á mi hija (y que le harás, supuesto que tanto la quieres), es ausentarse, dejarla en paz, no ser la perdición de su casa.... ¡Y eso venimos á pedirte este angelito y yo! ¡eso te suplicamos rendidamente!

—¡Que venga á decírmelo ella! (replicó Manuel con indescriptible amargura.)— ¡Verán ustedes cómo no se atreve á pedirme que me vaya!—¡Yo la conozco! ¡Su corazón es mío!... ¡nada más que mío! ¡mío desde la edad de ocho años!

—¡Esas son locuras, Manuel! (replicó la seña María.) ¿Cómo ha de venir á verte una mujer casada?—Pero ¡harto claro te decía esta tarde con lágrimas su deseo de que te marches, de que la perdones, de que nos perdones á todos!... —Soledad no lloraba por lo que tú te figuras... —Soledad lloraba de miedo... como llora este pobre niño....

—¡De miedo! (repuso el joven en s6n de burla:) Esa es otra mentira...—Soledad no me teme.... y hace bien! ¡Soledad me conoce!—El miedo lo tiene su cobarde tirano..... El miedo lo tiene usted, que no estorb6 su casamiento.... El miedo lo tiene ese que no debe llamarse hijo de Soledad, supuesto que no es hijo mío...—¡Y los tres hacéis muy bien en temblar!—¡Ah! ¡Mi primera idea es la segura!... La muerte de Antonio Arregui lo resuelve todo.—¡Usted se quedará con ese exp6sito, hijo del crimen, y yo me marcharé con mi adorada!... —¡Mataré, pues, á Antonio! ¡Lo mataré, aunque sea en medio de la Iglesia! ¡Lo mataré, aunque se oponga el mundo entero!

—¡Cómo se entiende! (prorrumpió al fin Don Trinidad, lleno de indignaci6n y de ira:) ¡Eso es ya insultarme en mi propia cara! ¡No te abofeteo ahora mismo, porque está delante el Niño Jesús. Pero me marchó..... Te desprecio.... ¡te abandono!—¡Buen recibimiento me has hecho en tu casa, la primera vez que he venido á ella!

—Manuel..... ¡te lo pido de rodillas! (decía al mismo tiempo la anciana, pos-

trándose á los pies del hijo de Don Rodrigo.) ¡Te lo pide una madre, por la memoria de la que te llevó en sus entrañas! ¡Márchate del pueblo! ¡Ten compasi6n de este inocente!—Y, si es que has de dejarlo huérfano, ¡mátalo ahora mismo!... ¡Yo te lo entrego!... ¡Aquí lo tienes!

Y, así hablando, ponía el niño á las plantas del joven, con aquella inspirada celeridad que sólo cabe en almas femeniles y en corazones maternos.

—¡Vámonos, señora! ¡Dejemos á este monstruo! (añadía por su parte Don Trinidad.) Acudiremos á la Justicia... ¡Yo mismo haré que lo aprisionen!.....

—¡Adiós, hijo indigno de Don Rodrigo! ¡Negas! ¡Me voy, porque tus faltas de respeto me arrojan de tu casa! ¡Me voy, porque te creo capaz de ponerme la mano encima, si yo te castigara como mereces!—¡Adiós! nuestras relaciones han terminado..... ¡Me arrepiento de haber te conocido!

—Manuel... ¡no lo olgas!... ¡oyeme á mí! (proseguía diciendo la madre de Soledad, arrastrándose á los pies del joven, el cual estaba como petrificado, con los cabellos de punta, y con los ce-

rrados puños sobre la frente.)—¡No lo creas, Manuel! ¡Don Trinidad te quiere más que á su vida! ¡Es tu segundo padre!—Y yo te quiero también....; y también te quiere este niño.... —¡Mira... ¡Mira cómo te sonrío!

—¡Basta! (gritó al fin Manuel con desgarrador acento, abriendo los brazos y tirando la cabeza atrás.) ¡Basta, crueles sayones, encargados de martirizarme! ¡Dejadme ya!..... ¡Idos!..... ¡Salid!—Os lo mando.... os lo aconsejo.... os lo suplico!—¡Dejadme solo, si no queréis que con vuestra sangre y la mía se forme un lago en este aposento!—¡Quitadme de delante al hijo del cobarde ladrón que me ha robado la felicidad!.....—Márchese usted, señora..... Márchese usted, señor Cura.... —¡Conozco que ya no soy dueño de mí mismo!..... ¡Conozco que puedo horrorizar al mundo!.....

Era tal la voz de Manuel al decir esto, que la señá María Josefa se levantó espantada, con su nieto debajo del brazo, y se deslizó en silencio hasta la puerta, andando hacia atrás y sin quitar la vista de aquel pavoroso semblante, más propio de un tigre que de un hombre.

Hasta Don Trinidad tuvo miedo, no por sí, sino por el niño, por la anciana, y por el mismo joven, que estaba á punto de morir ó de volverse loco, á juzgar por la violenta agitación de su pecho, por la hinchazón de su frente, por el trastorno de su mirada....; y, conociendo, al propio tiempo, que ya no había más palabras que decirle, ni fuerzas en el desgraciado para soportarlas, retiróse también lentamente, mirándolo con profunda piedad y sin recuerdo siquiera del pasado enojo.

Así salió de la habitación, cuya puerta dejó entornada.....

Manuel quedó solo con el Niño Jesús.

V

EL ROCÍO DEL ALMA.

Las doce de la noche acababa de cantar el sereno cuando Don Trinidad y la señá María Josefa se retiraron de la sala, dejando en manos de la famosa Imagen del Niño de la Bola la solución de la suprema crisis á que había llegado el espíritu de Manuel Venegas.